

—como el dechado de los caballeros andantes— tú, viejo domador de leones acosado de ratas? ¡Oh manchego redivivo, que bien sombrea tu austera excelsitud el hondo pesar que te anubla! “¡Qué triste!” dijo alguno mirando un antiguo monumento, delante del gran corso. “¡Triste como la grandeza!” respondió el guerrero, triste de grandeza fuiste también bajo tu inseparable dualidad de Príncipe Hamlet y Alonso Quijano.

Alegría es signo de pequeñez en equilibrio. Tu desorbitada magnitud te mostró siempre taciturno. Tu euforia fue instantánea como el relámpago en la noche. Quien te modele para la posteridad debe sentirse como se sintió Tenerani: ¡Triste como la grandeza!

Enloquecido por la gloria del Macedón, propúsole un día Scopas tallarle en estatua la portentosa mole del monte Athos. Algo mayor ha soñado mi admiración para ti: ¡Tú eres el espíritu que anima otra estatua durante milenios preexistentes: ¡el mundo que redimiste! Sólo el Mar de Atlante que presidió tu locura creadora, puede simbolizar, en su tormentosa fecundidad, con ritmo eternamente renovado, tus vastas concepciones germinantes y tu cabeza olímpica. Tan sólo la estupenda figuración andina, de aceradas vértebras y ligamentos de oro, pudiese sustentar tus músculos que, al distenderse, anonadan, y, en reposo, distancian y defienden, dilatándolos hasta la remota ribera, en que empapan tus plantas las aguas del Pacífico, pedestal de inmortales, imagen de la gloria sin fin que te aguarda, en la incalculable sucesión de los tiempos, en que cada espuma es un día y cada tumbo un siglo. Cruzados los brazos, en el ciclópeo nudo de la Gran Colombia, escudan al que fuera tu propio corazón palpitante. Los relámpagos evocan tu surcada, tu indomable, tu procelosa frente, y para el rápido y chispeante centellar de tus ojos fulgulan sin descanso los volcanes andinos. Sólo la voz del trueno tableteando sin cesar, entre las oquedades de los abismos, pudiese responder en ecos portentosos, al silencio imperturbable de tu gloria, ¡oh Padre inmortal!

SANTANDER, GENESIS EN PENSAMIENTO Y EN ESPADA

Por José Camacho Carreño

Conciudadanos:

Mi canto, ¡oh Padre!, más que geórgico es bárbaro. Se levanta del bosque, a orillas del río inconsolable de la Patria que corre y corre sin cesar, besando centenariamente a Colombia y conduciéndole barcos de factura y ruines piraguas sin otro peso que el de la canción y el de indígena flecha. La multitud que se apiña a escucharme, entre marco de bohíos, es también una floresta humana: haraposa, desnutrida, ciega en el entendimiento, expósita de la República, bronceada la tez por los soles que la flagelan con el rigor que a los vegetales. El paraje es aldea melancólica. Pero late, naciendo de la entraña misma de la tierra, del útero de la selva y de madres dolientes sin pan, sobre cuyos pechos berrean hijos, un latido del Patria que estremece los labios del trágico proscrito con elación más espontánea y fluída que el rumboso y convencional y embustero escenario de las grandes metrópolis donde te glorifica la mentira pública y el aterido protocolo mestizo.

Sola está tu memoria con nosotros para dialogar sobre el corazón virgen de Colombia con su pueblo libre. Tu tímpano, templado por clarines y por rumor de sangre que aguerridas lanzas a raudales, estará ya fatigado del lloro de las grandes campanas que suspiran tu efigie desde las basílicas mayores hastiado del solfeo de cornetas que no han repercutido sobre colinas mártires ni llanuras sangrientas, porque nacieron para discurrir como pacíficas cantantes sobre el sosiego de manifestaciones cívicas; y sobre todo, hastiado y adormecido con la gangosa jerga académica sin vida y sin savia, pero con repetición enfadosa, trapo retórico para envolver en consabidas efemérides protocolarias, con mortajas deficientes, la memoria de muertos inmortales.

Aquí no ves el resplandor cortesano, pero tampoco escuchas hipocresía ni lisonja ceremoniosa. En viudez silenciosa va el Magdalena, ofrendando incesantes lágrimas a tu egregia memoria

varonil. El bosque parece que entendiera la luctuosa magnitud del instante y sobrepuja su hermosura y multiplica, irisándolas, guirnaldas de púrpura y azul, y acrece sus rumores de viento y de nido y esmalta el prado donde la bestia se solaza jocunda y levanta penachos y armoniza y conjuga y convoca y orquesta sonidos y colores para solemnizar tu féretro, como símbolo de la Patria.

No hay basílicas, es cierto, pero la pajiza ermita afina el lloro de su esquilón en acentos tan exquisitos que hasta el alma de los herejes se estremece como si escuchara en su doble la propia, sencilla lengua de Dios, hablándoles a los pastores.

Raídas gentes, cuyo techo es el espacio, cuyo calzado lo teje el suelo con hojas y abrojos, cuyo lino no alcanza a proteger de la inclemencia canicular su piel morena, cuya industria es un leño flotante más leve que el anzuelo alimentario, cuyos hijos gatean sobre el limo más indigentes y tristes que las privilegiadas bestias que pacen tranquilas en los establos, cuyas mujeres son espectros de hueso donde el amor grita entero y Colombia se multiplica eternamente y cuyo entendimiento, donde arde crepitante intuición, como las brasas, semeja ese fogón de tres piedras que azarosamente cuece plátano y peces para nutrir progenias patrias; toda esa jerarquía te aclama, ¡Oh Padre! Niégales el pan, pero no la conciencia intelectual del mundo, porque su razón discurre la selva y el río de atardeceres sangrientos, mutilada y ciega como la de los brutos inexorables.

Imagino, señor, la pompa que porfiará circuyendo tus bronces y tus óleos. Giro tornasolado de diamantes está enjorando sobre aristocráticas pieles tu inmortalidad luminosa. Clarines, trompetas, estampidos marciales, estrépito de tambores, múltiple orquestación, flautas, cánticos, violas, dianas y también cláusulas melindrosas y vanas, elevarán tu laude. Sobre todo esa muchedumbre protocolaria, vuelo de pabellones cortará el silencio celeste, que tantas noches ha escuchado tu imagen estatuaria.

Le he mirado veces innúmeras. Pierde la capa en tus hombros el ágil, arrogantisimo, rumoroso, suelto hechizo que sirve para agraciar perfiles menos afortunados que el tuyo, cuando tú embelleces sus pliegues y sus movimientos con noble gesto griego.

El rostro, latino óvalo, arredra, avasalla y gobierna definitivamente con su impasibilidad. Recta es la nariz como de modelo escultórico. El mostacho, de singular coquetería, un tanto a la bogotana, pone como cómplice y amparador de las caricias aire de conquista y malignidad en el semblante. La frente es un atrio, donde se sienten correr fríos pensamientos de rigor pascaliano, pero disimula el aspecto glacial la hermosura de unos cabellos que ensortijó al beso y onduló el viento, cuando galopaba en potros que no toparon jamás el límite de temerosos horizontes.

La pureza de tus líneas faciales, el desdén con que recatas la espada bajo el manto de la jurisprudencia, el reposo del ademán, la dignidad castiza, la entereza del porte, la aristocracia soberana del continente, lo rudo de la bota y lo sutil y airoso de la figura; cierta inclinación de los hombros, que soportaron la empresa libertadora, el desgaire de tu manto, y tú mismo, oh Padre, dan a los colombianos la sensación del Génesis.

En tu ciudad de Cúcuta, bajo la alta noche, llegué muchas veces hasta su pedestal. Añosos árboles y palmeras de lascivia africana te circúen. Luna alegórica hendía los ramales para comunicarle al muerto bronce oscuro transparencias de vida. ¡Yo te miraba absorto, y alucinadamente, en el imaginario movimiento que ni amor comunicaba a las quietas formas, te veía renacer en mi conciencia libre, mas a pesar de tu donaire varonil y de la belleza perfectísima de tu lámina guerrera, no pude nunca verte como a un hombre concreto, sino como a un principio metafísico!

Pero hay teoremas espirituales más impetuosos para generar que la fungible carne, y aquí nos tenéis a todos, aclamándote Padre, adorándote como al propio origen de nuestro existir, acariciando tus pensamientos con emoción filial, reconociéndote creador de nuestra fisonomía civil, cincelador de nuestra libre conciencia, forjador certerísimo de nuestras instituciones, bautizador de dos pueblos que te pertenecen como gemelos a los que abrigó tu democrática ternura y gritando: ¡Padre, Padre!, no desampares en los excesos de la tiranía contemporánea el fruto que pudo concebir tu solitario numen contra la América toda, en bélico instante, que decidió de la suerte humana, y cinceló la inmortalidad del derecho contra todos los extravíos, por olímpicos y seductores que fuesen. Siga tu broncinea carne, transparente de luna y libertad, armonizando y deteniendo la audacia de las bárbaras fuerzas, aunque ellos broten con el signo de Júpiter arrebatador e incontinente.

Tú eras un hombre y te donó la historia el privilegio singular de construir Derecho a la sombra de Dios, inigualable Bolívar finge ser eucarístico, y jamás lo he podido concebir bajo las especies carnales, ni sé cómo el cincel se atreve a rehacerlo, porque todo en él resplandece impalpable, teológico, espacial, y nadie puede sino caer atónito ante su nombre, como ante cósmico fenómeno inmensurable para la razón, de los que la providencia adereza a efecto de que sintamos con instintiva reverencia que nacimos únicamente para adorar a un ser único, verdadero y justo.

Te correspondió la gloria y el martirio de militar como subalterno de la deidad andina. Cualquier naturaleza que no fuese la tuya, ciegamente, por pensamientos, porque todo vacila y titubea ante el resplandor de su divinidad. Y sin embargo, único en la América, humano y flaco y mínimo ante El, recor-

daste que tenías la imprescriptible obligación de ser hombre y contuviste al genio, tras de haberlo servido con decisiva eficacia determinante. Determinante, porque en Venezuela, prócer almácigo de guerreros más destructores que la tempestad, faltaba un cerebro orgánico y minucioso que sobre el latido confuso de las venas homéricas, entre el piafar de los corceles, sobre el arco de lanzas y espadas, que en el espacio figuraban el sol, superando la propia volcánica fuerza del genio en erupción; frenando y encaminando el derrame poderosísimo de un heroísmo sin linderos, pleno de cólera indígena, faltaba ese seso glacial que domara el ideal caótico y lo pusiera en marcha. La Patria, en su sentido instintivo y biológico, es venezolana. Pero la República, que es la cristalización jurídica de la Patria, es hija única de Francisco de Paula Santander, génesis en pensamiento y en espada.

No disminuye tu grandeza, ¡oh Bolívar!, con afirmar que si a tu desmesurada nebulosa genial no penetra la metódica, humana e inflexible voluntad del granadino más representativo, tus empresas hubiesen quedado en pavesas, bajo uno de esos cataclismos que rememora la historia del Cosmos, y que no resplandeciera este sistema de gravitación estelar y espiritualísima, donde íntimas Repúblicas, sin fuerza van girando y girando sin cesar sobre los cielos de la historia para recordarles a oprimitos hombres que el derecho no ha muerto, que la justicia es inmanente, que toda cadena enciende una llama de indómito albedrío que la funde, que la dignidad de la conciencia, aunque se le abata en calabozos, es más poderosa en su desesperación para emanciparse que las invictas escuadras; que ser pequeño ante los poderosos no implica desigualdad, porque todo lo regula y nivela ley ética y que el hombre criado por Dios como ser de razón, sólo vive y medra por ella o para ella contra todos los excesos de la brutalidad.

Opaco te gritan los galeotes de la historia, porque miraste y cuidaste con minuciosidad de mayordomo, heroica magnitud, titánico denuedo y tranquila idolatría patricia la marcha de los ejércitos, y porque le diste rutas y cabalgaduras, y estatutos y telas, maravedíes y lienzo y lonas, y abrevaderos al puñado más arcangélico de guerreros que dio la humanidad. Empero, el páramo de Pisba, y el Pantano de Vargas y el Valle de Boyacá, topográficamente angosto para contener la distensión heroica, desmienten a la impostura y le refieren a la historia que sin tu aplomado juicio esa marcha hubiera sido un desordenado galope prócer, mas no la táctica y opulenta culminación de un arrojo que sofrenaste. Merced a tus virtudes intelectivas se convirtió la rebelión en libertad, la protesta en República, el estampido en patrias firmes y graníticas, la guerrera genialidad caótica en organizada civilidad institucional. Y nadie afirma que no fulgió tu espada, porque como Marco Aurelio, tuviste el dón múltiple de concebir y ejecutar, de meditar y batallar, de galopar potros

y domar racionios, de someter el exceso de los patriotas y de abatir la tiranía Ibérica, de fusilar y esculpir leyes, de organizar la hacienda y de sublimar a tu nación sobre los panoramas de la inmortalidad espiritualista.

Tus servicios no cesaron y los magnificaste con el desprendimiento ambicioso. El genio que te subyugó, parte al Sur, y acompañándolo un séquito que semeja constelación homérica, van los guerreros que son pares tuyos, ciñéndose en todas las colinas de América laureles que iban faltando en tu cabeza gloriosa, predestinada silenciosamente para lanzar de aquí las aguas de luminosos pensamientos y bienes que los fuesen regando y alimentando. Sí, mayordomo, aquí permaneciste en Santafé, rigiendo mínimo gobierno, empequeñeciéndote voluntariamente tu propio ámbito humano, mirando impasible que otras sienes se descorasen con el lauro inmortal, mientras sobre las tuyas al cavar de las preocupaciones más bien deshojaba la guerrera alegría suspirada de los dioses, para trocarla en gobierno.

Si partes en la caravana frenética, hubieras a Córdoba igualado y a Sucre; pero abnegadamente quiso tu estoicismo permanecer atado al botolón de la mediocridad administrativa, para que así cautivo pudieran tus innúmeros recursos de estadista alimentar el galope de las legiones victoriosas que hicieron de la América servil el más excelso de los continentes jurídicos. Tu quietud es movimiento, tu abandono de las armas, heroicidad en grado sumo, tu abdicación de batallar, la coronación misma de los derechos del hombre!

Y luego de colmar la áspera proeza gubernativa, cumpliste otra superior acaso en excelsitud moral; mortificar la euforia victoriosa de los propios seres a quienes tu idolatría bendijo y amparó con su abnegación y detener la embriaguez victoriosa de tus hijos dialécticos. Concibo tu dolor oh Padre; los aventaste sobre América para libar íntegros los deleites y espirituales satisfacciones que proporciona la grandeza heroica; a tus innumerables vigiliacitas acudieron sus menesteres y sus cuitas; tu pensar insomne, volaba con angustia materna a indagar la necesidad de tus legiones y a satisfacerla con largueza munífica; tu patrio orgullo se exacerbaba en la perplejidad del abatimiento económico, de las pérdidas batallas, de los deshechos pelotones, de las rotas quimeras, de las incertidumbres de la campaña, de la insolencia de los déspotas, de la traición de los pérfidos, y se ilusionaba también en el esplendor de victorias, cuya lumbre se derrama continental desde sagrados montes, ¡oh Ayacucho!

Y sin embargo, cuando tu corazón los aguardaba para colmarlos de ternuras y estímulos y para enorgullecerte tú mismo en la grandeza filial, fatales obligaciones democráticas con tu conciencia te indujeron a otra renunciación, y al que más amabas y obedecías y venerabas por sus dones olímpicos, tuviste que decirle NO, para que la rotunda sílaba, dura como la piedra de

los capitolios, instituyera sempiternamente la codiciada libertad, y somos libres, merced a ti, Padre inmortal y humano, que desafiaste a la divinidad extraviada.

Ajusticiar tus culpas sanguinarias o sórdidas, es tan sacrílego como recordar, en el alumbramiento, las físicas e inevitables miserias a que la naturaleza sometió al hombre, antes que la excelsitud de la maternidad. Se te dirige un pecador a quien señalan muchos réprobos, porque tiene descaecimientos de la carne, que es fatal envoltura del espíritu. Carne, ángel rebelde que en muchas ocasiones desoye la ley moral para arrojarse a piélagos de angustia. No quiso Dios darnos perfección, porque sólo El es perfecto, pero nos confirió el atributo racional de expiar las culpas en áspero calvario de suplicios y de renunciaciones. Viven empero pecadores que caen en la suprema blasfemia; declararse idénticos a la Divinidad y decir que jamás delinquieron porque su naturaleza supera la del arcángel, donde supo la rebeldía y la mancha.

Esos moralistas viciosos baldonan tu memoria, rasgan tu broncea mortaja, horadan tu sepulcro, derriban tus estatuas, aniquilan tu honor, queman tus instituciones y te gritan ladrón y sórdido asesino. Desdén, oh Padre, para los irracionales de la especie humana. ¿No ves que Bolívar todavía aparece como lucífero monstruo porque amó, y que sus labios, troquel de constituciones y clásicas arengas y militares órdenes, siguen quemados como adúlteros por la torpe crítica, pues no recibieron para la voluptuosidad el óleo hipócrita y sacramentoso que muchas veces encubre las mayores culpas contra el espíritu? ¿No sientes que Manuela, urna del genio y carnal escudo de su vivir preciosísimo todavía la salpica el título de manceba por haber resguardado en su vientre la libertad de los llamados hijos legítimos? ¿No escuchás el llanto de Nariño, calumniado como ladrón porque le robó al trono los tiránicos fueros que humillaban la conciencia de los hijos de América? ¿No escuchas el murmullo arrabalero que ronda a Tomás Cipriano de Mosquera, tu inconfundible hijo, apostrofándolo tráfuga y ebrio? ¿No perciben en el cadáver de Rafael Núñez, pensador que rehizo lo que pasiones políticas deshacían, el estigma de salteador y adúltero y mercenario?

Esas mentirijillas éticas que la hipocresía acuña sí llevan el estigma del adulterio; porque adulteran la propia naturaleza humana, que no puede ser perfecta, pues se identificaría a Dios, y porque asumen el aire de justicia despótica, cuando la justicia es magnánima. Déjalos, señor, que vociferen en torno de tu albura, porque en la soledad de sus culpas morales está su propio flagelo. El vicio se perdona cuando es público, ya que la publicidad equivale a su confesión, y la confesión redime. Pero devora mostruosamente las entrañas cuando se le apura en sombrias bóvedas de conciencia incapaces de brotar indulgente sílaba para los semejantes.

¿Señor olvidaste acaso el sitio mísero y patrio donde te habla este proscrito de la maledicencia pública? ¿Lo olvidaste acaso en preferencias a las rumbosas, a jactanciosos festines sin amor, a vanidad ceremoniosa, a tiasas jaculatorias académicas, a resplandor de renumeradas antorchas, a ensortijadas manos avaras que te aplauden sin saber lo que fuiste?

Ven acá, ten la benevolencia de ennoblecer con tu aristocracia la tierra sin lujo y sin justicia; visita estos tristes, porque su corazón es un alcázar patrio y porque late en él sin cuajar aún la Colombia que imaginaron tus sueños en alucinaciones de libertad. Aquí hay escuálidas madres sin leche, hijos sin pan, padres sin trabajo y sin esperanza, legiones obreras sin techo, sueldo sin cultura, varones sin ilusión de albedrío, niños sin risa, labios sin canto. Ven acá, donde los hombres esclavizados por la inteligencia y el dolor punzante y completa en este río de la Patria, lustrándola en sus hondas, la estatua de la libertad que diste, ¡oh Padre de los libres!

(Discurso pronunciado con ocasión del primer centenario de la muerte del General Santander a bordo de un barco del río Magdalena).

